

**Falter, Jürgen W.: *El extremismo político en Alemania.*
Editorial Gedisa, Barcelona 1997.
256 páginas.**

*Alberto Pérez**

Esta obra de Jürgen Falter es una recopilación de nueve trabajos aparecidos en diferentes publicaciones alemanas especializadas, desde 1989 en adelante. Se trata, entonces, de trabajos independientes con un alto contenido de material empírico que se ocupan de la evolución electoral de la derecha desde la década de 1930 hasta 1994. El libro, aunque no esté presentado así, se organiza alrededor de tres partes bien reconocibles: La primera de ellas, se refiere a una serie de «mitos» que sobre el origen y desarrollo del nazismo la historiografía viene aceptando de diferentes maneras como lugares comunes (los cuatro primeros capítulos); la segunda, comprende sólo el capítulo quinto –que funciona como una zona intermedia entre la primera y la última parte–, y se ocupa de las consecuencias para la sociedad alemana de cierta manera de abordar el pasado nacionalsocialista; y la tercera, que se centra en las proyecciones de la derecha política desde la caída del nazismo en adelante, hasta las elecciones federales alemanas de 1994 (capítulos del seis al nueve). El eje unificador de estos trabajos es claramente la problemática electoral, abor-

* *Profesor e Investigador UNC de Buenos Aires y UNLP*

dada fundamentalmente desde la perspectiva del análisis estadístico, y del manejo de abundantes fuentes electorales. El trabajo de Jürgen Falter, Profesor del Instituto de Ciencias Políticas de Maguncia, es un desarrollo importante en el contexto de la historiografía alemana por su apego a la perspectiva de análisis empírico, poco frecuente en ese ámbito académico. Sus trabajos que se inscriben en la corriente anglosajona que desarrollara esta temática en los años 80, han sido reconocidos por investigadores tan importantes de esta corriente como Ian Kershaw, por sus aportes al estudio de las proyecciones electorales del nacionalsocialismo con: *Hitlers Wählers* (Las elecciones de Hitler), München 1991.

I.

La pregunta que guía el primer trabajo (capítulo 1) ataca directamente a un lugar común de la interpretación historiográfica el cual consiste en establecer una correlación directa entre el crecimiento de la desocupación y el éxito electoral del nacionalsocialismo. La estrategia de Falter consiste en afinar los instrumentos de lectura estadística, apuntando a la diferenciación de las distintas categorías de desempleados (receptores de la ayuda principal / receptores de ayuda en tiempos de crisis / desempleados dependientes de la asistencia social -hoy se diría permanentes), de modo de habilitar una distinción posible en el caudal de los votos del Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista (NSDAP) entre un efecto «individual», otro «contextual» y otro de «transferencia» del desempleo. El resultado es la captación de una influencia indirecta del desempleo en el comportamiento electoral que hace reaccionar a los sectores que se sienten amenazados por el desempleo y no a los desempleados mismos. Decididamente queda probado, a partir del análisis de los datos empíricos, que no se puede establecer ninguna correlación positiva entre los éxitos electorales del NSDAP y el crecimiento de los índi-

ces de desocupación. Esta convicción ya se puede constatar en los trabajos historiográficos anglosajones de los años '80, pero Falter profundiza el análisis de los datos estadísticos en varios sentidos, sumando la variable del grado de urbanización, la confesión religiosa y el sector económicamente predominante, siempre manteniendo un seguimiento distrito por distrito. Así se llega a un interesante resultado: los éxitos electorales del NSDAP están vinculados a la pertenencia evangélica de la población (más exactamente, no católico) y no al crecimiento de los índices de desocupación. Por otra parte, el comportamiento electoral de los desocupados puede separarse entre los *empleados* desocupados que favorecieron más al NSDAP, pero también en parte al Partido Comunista de Alemania (KPD) y los *obreros* desocupados que votaron en mayor medida al KPD y en menor medida a los socialistas.

En definitiva, la influencia de la desocupación en el éxito electoral del NSDAP fue sumamente indirecta y tuvo que ver con el temor general a la extensión de la crisis. «Debido a las circunstancias socioestructurales y a las tradiciones políticas de 'derecha' –predominantes al menos en las zonas rurales evangélicas– sus habitantes tendieron a manifestar su alterada confianza en la competencia económica de los partidos votando por la oposición que para ellos resultó aceptable». El KPD fue el verdadero beneficiario electoral, no sin matices, de la desocupación, y el NSDAP apreció como alternativa de derecha antisistema, y la influencia de la desocupación fue considerable, pero no transcurrió de la manera unitaria que convencionalmente se pretende.

En los restantes capítulos de la primera parte el autor sigue la misma lógica argumental y aplica los mismos recursos metodológicos para desmontar otros tópicos de la historiografía sobre el nazismo. La «propensión» de los empleados como votantes o afiliados del NSDAP es el tema del segundo capítulo, las conclusiones desmienten esta lectura sostenida tan-

to contemporáneamente al fenómeno, como hasta 1950 e incluso después. El promotor principal de la construcción de esta «leyenda» es una lectura clasista de los procesos sociales, que responsabiliza a la pequeña burguesía del crecimiento del nazismo. Esta lectura comienza a construirse, remarca Falter, a partir del marxismo. La conclusión de los modernos estudios sobre las elecciones muestra que, revisado distrito por distrito, a mayor número de empleados le corresponde al NSDAP un número menor de votos y de afiliados. Falter escenifica así la batalla entre los constructores de leyendas y los científicos empíricos.

En el capítulo 3 se propone determinar el carácter de «partido opular» del NSDAP por una doble vía, por una parte, a través del estudio de la composición social y el origen partidista de sus adeptos, y por otra, a través de la reconstrucción de la estrategia de maximización del voto que llevó adelante el partido. En ambos sentidos se confirma el carácter de partido popular del NSDAP, tanto por nutrirse, muy por encima de los demás partidos, de los más variados sectores sociales, como por desarrollar concientemente una política de maximización del voto, que por lo demás apeló a los más modernos medios técnicos. Estas conclusiones le sirven a Falter como un ataque adicional a la teoría clasista que vincula el crecimiento del NSDAP con la radicalización de los sectores medios; esta teoría aparece como una de las preocupaciones centrales y recurrentes del autor.

Es muy interesante el capítulo 4 en el que estudia la evolución de las afiliaciones al NSDAP. Traza para ello un patrón de las fases de ingresos: 1) de la nueva fundación del partido en 1925 hasta los éxitos electorales de septiembre de 1930; 2) de septiembre del 30 a la toma del poder, y 3) después de la toma del poder. El estudio se apoya en los datos del Document Center de Berlín, donde se conserva entre el 85% el 95% de los carnets de afiliación al NSDAP. En 1989 con la Universidad de Minesota

se organizó una muestra de 27.000 casos para estudiar olas de ingreso y una de 42.000 para estudiar composición social. Las fichas proveen datos sobre edad, fecha de nacimiento, domicilio, cambio de domicilio, número de habitantes de la ciudad, sexo, y *profesión* al momento del ingreso al Partido. No provee datos sobre sector social y confesión religiosa a la que pertenece el afiliado ingresante. Falter cruzó los datos de las muestras con los estudios sobre domicilio y lugar de nacimiento y así se obtuvieron datos contextuales sobre confesión religiosa, estructura económica, tradición política, clima de opinión, etc. Esta investigación se basa exclusivamente en datos individuales. La comparación de los años 1925-1933 muestra que el 60% de los ingresados en ese período lo hacen después de la toma del poder. Del 1.600.000 de afiliados 1.300.000 ingresan el 1° de mayo del 1933, por lo tanto el partido cambia de composición en los tres meses siguientes a la toma del poder. Crece entonces notablemente el ingreso de profesionales y funcionarios, sube el promedio de la edad de los afiliados, y aumenta en un 60% el número de afiliados casados. El ingreso de más personas de la clase media al partido corresponde recién a la tercera fase, y este cambio súbito contradice la intención de Hitler que se resistía a la tendencia al aburguesamiento del partido. El cierre de ingresos al partido (19 de abril de 1933) responde a la idea de Hitler, presentada en *Main Kampf*, donde propone un partido de cuadros, pero este modelo es superado por la oleada del 33.

II.

El capítulo 5 tiene un título elocuente: «La hipoteca de la Historia. ¿Cuántos nacionalsocialistas convencidos hubo?» Es éste el único capítulo que no cuenta con gráficos adjuntos que ilustren las conclusiones estadísticas y es efectivamente de otro tono en relación al resto del libro.

Falter ataca una cuestión más complicada que la comprobación o rechazo de ciertos mitos historiográficos. Se trata del problema de «la tesis de la culpa colectiva». El autor se esmera en condenar el recurso argumental por el que todo el pueblo alemán carga con una responsabilidad en forma indistinta, sin establecer necesarias particularizaciones. Metodológicamente es fácil coincidir con sus preocupaciones en este campo, pero al menos hay que decir que es muy difusa la referencia a la responsabilidad atribuida al pueblo alemán, a veces se trata del inicio de la segunda guerra mundial, a veces de falta de reacción ante el régimen totalitario, a veces de crímenes. Pero es claro que el propio Falter encuentra muchos elementos para la *desculpabilización*, por ejemplo: la mayoría de los alemanes considera a las SS militarizadas «simplemente como una tropa de combate igual a las demás» y que «quizás» estuviera más impregnada de la ideología nacionalsocialista que sus compatriotas, y que sus integrantes eran soldados y no criminales. «Para otros, en cambio, y especialmente para los medios masivos de información norteamericanos y los portavoces de organizaciones judías (...)se trataría de (...) una organización esencialmente criminal, con la correspondiente responsabilidad por los crímenes que habría que imputar a la SS en general». (p. 169) Falter aplicaría un claro principio metodológico: «no cabe el holismo lingüístico, es decir, hablar de y pensar en totalidades como si fueran individuos actuantes» (p. 181). Para Falter en particular se trata de una tropa heterogénea en la que algunos eran obligados a revistar, otros ingresaban voluntariamente y, entre estos últimos, algunos no cometieron ningún tipo de crímenes. También, aclara Falter, según una encuesta militar americana más de la mitad de los entrevistados se enteró de los crímenes de guerra por los juicios de Nuremberg de 1946. Hay que sumar además la negación y represión que pesó sobre el pasado nacionalsocialista; la aplicación en forma diversa por parte de las tres fuer-

zas ocupantes de la política de desnazificación que salvó a muchos grandes y condenó a simples adherentes; la guerra fría; etc. La confusa argumentación se completa con una síntesis de las conclusiones de los capítulos anteriores que reitera las críticas a la teorías clasistas antedichas. En definitiva, las cuestiones acerca de la interpretación del pasado que se tratan en este capítulo intentan hacer justicia contra las generalizaciones que pesan sobre el pueblo alemán, pero el autor no va más allá de una relativización de esas generalizaciones que peligrosamente rozan la complacencia y, a veces, el absurdo de pedir justicia para «quienes entonces eran menores de edad y de las futuras generaciones».

En cuanto a la cantidad de nacionalsocialistas convencidos, Falter razona que Hitler obtuvo el 44% de los votos válidos, lo que significa un 40% del electorado y, que además, si no todos eran nacionalsocialistas convencidos, entonces el NSDAP llegó al poder desde una posición ideológicamente minoritaria. Sin embargo, el autor admite que «es difícil, cuando no imposible determinar de una manera medianamente realista el número de nacionalsocialistas realmente convencidos»(p. 188). Entonces, hasta aquí las elecciones que llevaron al poder a Hitler demuestran que era ideológicamente minoritario, y por otro lado, se plantea un problema sobre el número de nazis convencidos que no se puede resolver. A renglón seguido se pregunta: ¿a dónde fueron esos votantes? Y, aunque admite que es una cuestión no estudiada seriamente y que constituye «más bien un pseudoproblema», señala que el SPD (Partido Socialdemócrata Alemán) en 1949 logró sus mayores éxitos allí donde el NSDAP logró sus grandes éxitos de 1932. Agrega además que la izquierda (KPD) y la derecha se reprochan mutuamente ser los herederos del NSDAP. Es por lo menos curiosa esta combinación de doctrina alemana de los dos demonios con traición a los puntos de vista teóricos del empirismo defendido enfáticamente por el autor.

En perspectiva puede verse esta sección del trabajo de Falter como una reflexión sobre la elaboración siempre traumática del pasado nacionalsocialista en Alemania, que sesga el tratamiento de cuestiones centrales en relación a la culpa, como la del Holocausto, que a lo largo del libro sólo es aludida esporádicamente y, al contrario, centra el análisis en temas de opinión pública y la forma en que se percibe un tema, más que en la cuestión misma. En ese sentido, está por debajo de la gravedad del tema que discute.

III.

La tercera parte del trabajo se ocupa de la evolución electoral de la República Federal Alemana a partir de las elecciones de 1949. Aborda la reconfiguración de la representación político electoral en la posguerra marcando un fenómeno de continuidad territorial en relación al período de la República de Weimar (1949) y, la expansión de la unidad de la CDU (Unión Demócrata Cristiana) / CSU (Unión Social Cristiana) (1953) iniciando un predominio que se extiende hasta entrados los años setenta. Repone en este período el análisis de las proyecciones electorales cruzado con las pertenencias religiosas y de estratos y clases sociales obteniendo interesantes resultados. Desarrolla, además, una perspectiva de la derecha europea que ilumina características de la derecha alemana. El capítulo 8 es en co-autoría con Siegfried Schumann y se ocupa de la nueva realidad política de la Comunidad Europea y sus doce integrantes en 1992. El capítulo 9 es en co-autoría con Markus Klein se ocupa de la evolución electoral del PDS (Partido del Socialismo Democrático, ex Partido Unitario Socialista de Alemania) que pese a las predicciones de su desaparición supo forjarse un espacio en la Alemania unificada representando a los que perdieron con esa unificación.

* * *

Por último quiero agregar algunos comentarios. El título de la obra: *El extremismo político en Alemania*, sugiere un tema más amplio que el aquí tratado que se refiere casi exclusivamente a la presencia electoral de la derecha alemana y a la interpretación de sus proyecciones estadísticas.

Resulta interesante el trabajo empírico que pone en juego para el análisis de las interpretaciones del fascismo, es reveladora la manera en que usa los avances de las técnicas estadísticas como herramienta crítica de la interpretación historiográfica. Además el trabajo está presentado en forma ordenada, en general va de lo más simple a lo más complejo y se preocupa por presentar un abundante caudal de datos estadísticos de modo que no entorpezcan la lectura; cuenta también con una adecuada y acertada traducción de los índices históricos, que en muchos casos son herencia de las denominaciones del siglo pasado acuñados por el Reich Alemán a las jergas estadísticas actuales. En general el manejo de los datos es convincente y, sólo habría que apuntar que a veces el autor trata ciertos resultados como definitivos, cuando es evidente que son provisorios aún para su propia evaluación.

Si bien se puede afirmar lo anterior, es más difícil compartir completamente sus convicciones doctrinarias en el campo de la ciencia, ciertas apreciaciones en el terreno teórico y más de una convicción sobre ciertos temas históricos. Desde el punto de vista de sus convicciones como científico, Falter se autopresenta como un científico empírico analítico apegado al ideal weberiano de la ciencia libre de valores. Hans Albert –filósofo analítico– lo guía con su lectura de Weber y lo lleva de la mano de Hume a no derivar juicios de valor a partir de enunciados fácticos, pese a que el historiador como hombre comprometido puede expresar sus preferencias y aversiones sin pretensión de verdad. Esta convicción corriente y reconocible se vuelve a veces en el presente trabajo base para una práctica maniquea. El científi-

co empírico, encarnación del bien epistemológico, lucha contra las leyendas creadas por la malvada teoría, que por lo general es el marxismo o alguna buena intención científicamente contraproducente. En este sentido, inclusive hay que advertir que se llega hasta cierta fobia teórica, llevándolo a defender de tal modo la investigación empírica contra la teoría, que se ve obligado a aclarar que: «Desde luego, (...) sin reflexión teórica toda observación es ciega» (p. 85).

Su alta estima por una ciencia libre de valoraciones no lo priva de ciertas constantes muy visibles, por ejemplo: una comparación viciosa y permanente entre el NSDAP y el KPD forzando la identificación en algunos aspectos; o bien, un enfático reconocimiento de la inmunidad del voto católico ante el NSDAP, que aunque es igualmente constatable, según sus propias palabras, para el KPD, prefiere solaparla.

Por otra parte, llama la atención cierto asombro admirado de Falter ante lo que ve como una predicción de Hitler, ya que en 1925 calcula que necesitará una minoría «revolucionaria» de derecha de entre 60 y 80 mil miembros, cifra que coincide con el número de afiliados del NSDAP antes de la toma del poder (p. 143); como asimismo, la forma en que cierra el capítulo 4:

«Lo que se necesita es investigación, investigación, y más investigación (...). Pues tales investigaciones de largo aliento pueden ser realizadas sólo en las universidades, si no en las alemanas, en las extrajeras, como ha sucedido durante decenios con el caso del nacionalsocialismo. No creo que esto sea ni deseable ni *acceptable* (cursiva mía)». (p. 155)

Debería entenderse que un «científico empírico analítico» no juzga ni positiva ni negativamente el origen nacional de los conocimientos, sólo distingue entre los verdadero y los falsos.